

Buenas tardes.

Tengo que empezar diciendo que estoy encantada de estar aquí hoy y de presentar el libro de un compañero al que admiro grandemente, como es el profesor Nicanor Gómez Villegas.

Nicanor fue para mí un descubrimiento. Un día me regaló, entre otras de sus publicaciones, *Viajes de papel*. Empecé a leerlo antes de una clase y no podía parar: lo regalé y lo recomendé (para el libro del mes de AUDEMAC) porque comprendí que aquel, como la obra que hoy nos reúne, constituía un compendio de sabiduría de extraordinario valor.

Él es historiador y a veces los historiadores se meten en terrenos que no son los suyos con desigual fortuna. Pero es que Nicanor no es, ni mucho menos, solo un historiador, y no me refiero solo a que tenga un Máster en Filología Hispánica, es que es un sabio, un erudito, un **humanista**.

Ciertamente el término “humanista”, a fuerza de manido, resulta a veces un poco impreciso. Por ello creo que conviene recordar lo que establecía Lorenzo Palmireno en su *Vocabulario del humanista* (1569) al titular su libro: “**Vocabulario del humanista (...) donde se trata de aves, peces, cuadrúpedos, con sus vocablos de cazar y pescar, hierbas, metales, monedas, piedras preciosas, gomas, drogas, olores y otras cosas que el estudioso en letras humanas ha menester**”.

Los que hayan leído la obra apreciarán que esta sorprendente enumeración parece hecha para Nicanor, porque de todas estas cosas se ocupa, con conocimiento y con solvencia, en su libro. Lo que nos confirma en que le cuadra a la perfección el calificativo de “humanista”.

¿Qué podemos decir del *Gabinete de curiosidades léxicas*? Pues que estamos ante un libro nos lleva a jugar con las palabras, porque, además de constituir manual de erudición es también, y no en menor medida, una invitación al juego, a que le perdamos el miedo a las palabras, a esas compañeras insustituibles de todas y cada una de las facetas de nuestra vida.

Empecemos por el título. En una acepción del DRAE “gabinete” se define como el espacio “en que se exhibe una colección de objetos curiosos o destinados al estudio de una ciencia o arte”; pero “gabinete” es también la “habitación más reducida que la sala, donde se recibe a las personas de confianza” y yo creo que ese sentido de confianza se transparenta igualmente en el libro.

Nicanor, con extraordinaria generosidad, nos abre la puerta de su gabinete y nos invita a pensar con él, a reflexionar con él... a que nosotros también ahondemos, buceemos, nos interroguemos sobre las palabras. Y partiendo de ese espacio de intimidad compartido, nos permite que le conozcamos a él mismo un poco mejor: así sabemos que llamó a su hija Genoveva “para recordar siempre a mi madre al pensar en su tercer nombre, porque recordar es traer de nuevo al corazón”; o cómo “descubrió” su propio nombre.

Creo que esta cercanía, este contar las cosas como si compartiéramos lugar y confidencias es lo que posibilita que el libro se lea tan bien. En el prólogo, el poeta y profesor Jaime Siles recuerda la propia definición que Nicanor hace de estos capítulos suyos como “microrrelatos léxicos” porque, en efecto, en cada uno de ellos te cuenta una historia que te atrapa. Frente a otros libros lexicográficos o etimológicos, que funcionan

como repertorios, libros de consulta o diccionarios que no admiten una lectura seguida, página tras página, el *Gabinete* de Nicanor puede leerse como un relato tan lleno de erudición como de pasatiempo. Y, al tiempo, la lectura no exige continuidad ni linealidad: puede abrirse el volumen por cualquier página y encontrar en ella un pequeño universo autosuficiente.

Y esto es un gran mérito del autor. Nicanor ha logrado un perfecto equilibrio entre la precisión académica (cada término, expresión, frase, se acompaña de su definición, su etimología, su evolución semántica o su contexto de uso...) y la accesibilidad. Porque se aprende (se afirma que “**la etimología descubre un velo**”), al tiempo que se disfruta. El *utile col dulce, el delectare et prodesse*.

Estoy segura de que Nicanor conoce que ya Baltasar de Castiglione, en su *Cortesano*, proponía como ideal de cortesano del renacimiento al *vir doctus et facetus*, es decir, al hombre docto y divertido a la vez. Él sabe que el rigor no está reñido con la cercanía, con la complicidad con el lector, con el humor. Y no es solo que se nos invite a esa relación lúdica con el lenguaje, sino que como señala Siles hay “**divertidísimas páginas**” en la propia obra.

Y aunque son muchos los ejemplos que podrían ponerse, he seleccionado el microrrelato en el que se nos explica que “**presbítero**” es el que guía las vacas, en el que se nos aclara el significado de “**hecatombe**” o “**barbacana**” (“**puerta de la vaca**”), y que empieza del modo siguiente: “**Creo que durante mi infancia vi más vacas en las verdes praderas de mi tierra de las que hubiera deseado. En aquellos tiempos la provincia de Santander, que aún no era conocida como Cantabria ni tenía como jefe de aldea gala**

irreductible a Miguel Ángel Revilla, la vaca, en sus avatares autóctonos y afuerinos, era omnipresente, era un auténtico tótem”.

¿Y cómo termina el capítulo? “Vacas griegas, vacas romanas, vacas árabes, vacas españolas y santanderinas. Una vaca es una vaca es una vaca”.

Se entiende que sea una lectura provechosa, ágil, placentera, un disfrute con el que casi no te das cuenta de todo lo que estás aprendiendo.

Y, desde luego, la sorpresa es constante: cuando empiezas a leer no sabes cómo vas a acabar. Es lo que ocurre con el ejemplo, capítulo o microrrelato titulado: “El pie de la grulla”. El principio parte de que, en las lenguas de germanía, “a alguien se le ocurrió llamar grullas a las polainas”. Luego se precisa que la palabra “polaina” es un préstamo del francés. Volvemos a la grulla y se nos explica su relación con la grúa, pero también con el geranio. Nos enteramos también de que el término “pedigrí” significa literalmente “pie de grulla”. Y en una pirueta maravillosa, el artículo, entrada, capítulo o microrrelato léxico nos acaba informando de que “aquel sucedáneo de la leche materna llamado *Pelargón*” tomaba su nombre, nada más y nada menos, que de la cigüeña. Entonces, con gran asombro, te preguntas: “pero ¿cómo he llegado hasta aquí?”.

Recordemos que la filosofía del asombro considera la admiración y el estupor como el origen y motor del pensamiento filosófico, del conocimiento. Y el asombro es, a su vez, el motor de este libro, porque Nicanor es un gran curioso que, como él mismo, reconoce en la Introducción, no deja pasar un día “sin haber soplado sobre la ascua de una de esas palabras adormecidas en algún palacio de la memoria”. Y esta cita nos lleva a subrayar otra espléndida cualidad del libro: lo cuidado del estilo. La introducción acaba con un emotivo: “este libro está dedicado a

ella, a Genoveva, la eterna novedad del mundo. Mi luz y mi palabra”. Y no es difícil apreciar aquí ecos que van desde los textos bíblicos al Lorca que afirmaba: “solo es nuevo lo eterno”.

Y es que el libro está lleno de citas, que Nicanor no entrecomilla porque estoy segura de que quiere huir de esa apariencia de erudito pedante, pero no puede evitar que todas esos saberes que atesora se hagan presentes, aunque sea de puntillas, porque los tiene interiorizados. Así, se le cuelan “donde habite el olvido” de Bécquer y luego de Cernuda; la mención “el amor que mueve el sol y las demás estrellas” de Dante... y tantas y tantas otras referencias.

Por las páginas del *Gabinete de curiosidades léxicas* desfilan Dante, Cervantes, John Donne, Lorca, Vargas Llosa, Borges, Pérez Reverte.., pero también el rey León, Olivia Newton John, Popeye o... ¡¡los nombres de los lápices de labios de Chanel!!.

Es un libro lleno de sorpresas:

- Que “atrabilionario” tiene que ver con la melancolía y no con la irritabilidad.
- Que el “temerario” es el que se adentra en las tinieblas.
- El curioso origen de la palabra *cóctel*... y tantas otras cosas.

Pero, además -y esta es en mi opinión una de las cualidades más sobresalientes de la obra-, Nicanor huye de la atomización del saber, de esa fragmentación o división del conocimiento en componentes pequeños, aislados y especializados con la que se pierde la visión de conjunto o la interconexión entre diferentes áreas.

Todas las propuestas de Nicanor obedecen a eso que llamamos interdisciplinariedad, transversalidad y, por supuesto, interculturalidad. Porque las propuestas de Nicanor son una demostración palpable de que somos el producto de un montón de tradiciones, de culturas que han dejado en nosotros algún tipo de huella, son la prueba del mestizaje, del hibridismo, de que el ser humano siempre es suma.

Y, por ello en algunas de las explicaciones de Nicanor se establecen conexiones con el suajili...y, por supuesto, con los jenízaros.

Así, la obra es una reivindicación del léxico como patrimonio cultural que nos sirve para entender un contexto, para entender la historia (también para rescatar formas o significados en desuso), para descubrir y redescubrir el significado oculto de palabras que usamos continuamente. También para darnos cuenta de la riqueza del *logos*, que es palabra y es pensamiento, de la necesidad de cuidar y preservar el lenguaje. Que recordemos que nombrar es dotar de existencia, como decían los clásicos, que otorguemos valor a lo que nos constituye.

No seríamos nada sin palabras, sin lenguaje, como no seríamos nada sin literatura:

“¿Qué hubiera sido de nuestras vidas sin la literatura, sin esa ampliación a lo largo a lo ancho, en lo profundo, hacia delante y hacia atrás en el tiempo y en el espacio que nos permite evadirnos de nuestra prosaica realidad o incluso dotarla de belleza e intensidad?”

Solo puedo dar la enhorabuena a nuestro querido Nicanor y animar a los lectores a que disfruten curioseando en este extraordinario gabinete que ya no es solo suyo.